

PREGÓN SEMANA SANTA CREVILLENT 2016

Entradilla.

Estaba pensando durante la celebración de la Eucaristía que ante este Altar Mayor, con este bello lienzo de Juan de Juanes como testigo, he tomado 5 sacramentos de la Iglesia: aquí fui bautizado, confirmado, tomé la primera comunión, me he reconciliado a través de la confesión y también aquí contraí matrimonio. Hoy tengo la enorme dicha de pronunciar, en este mismo lugar, el pregón de mi tan querida Semana Santa.

No creo que exista mayor satisfacción para un crevillentino.

Saludos a autoridades.

Primera Teniente de Alcalde del Excmo. Ayuntamiento de Crevillent, Sr. D^a Loreto Mallo Sala, y miembros de la Corporación Municipal.

Su Señoría, Jueza de Paz, Sra. D^a Genoveva Paz Gallardo.

Rvdo. Sr. D. Miguel Riquelme Pomares, Párroco de la iglesia de Ntra. Sra. de Belén y Consiliario de la Federación de Cofradías y Hermandades de Semana Santa de Crevillent.

Rvdo. Sr. D. Carmelo Ramón Rives, Párroco de la iglesia de la Stma. Trinidad y Arcipreste de Crevillent de la Vicaría III.

Rvdo. Sr. D. Marcos Giménez Cano, Vicario Parroquial de la iglesia de Ntra. Sra. de Belén.

Rvdo. Sr. D. Vicente Martínez Agulló, Director de la Fundación Diocesana San José Obrero de la Diócesis de Orihuela-Alicante.

Sr. Presidente de la Cooperativa Eléctrica Benéfica San Francisco de Asís, D. Guillermo Belso Candela.

Sr. Presidente de la Junta Diocesana de Cofradías y Hermandades de Semana Santa de la Diócesis de Orihuela-Alicante, D. José Vicente Mas Zaplana.

Sr. Presidente de la Federación de Cofradías y Hermandades de Semana Santa de Crevillent, D. José Antonio Maciá Ruiz.

Hijo Predilecto de Crevillent, Tenor D. José Antonio Sempere Belso.

Autoridades, entidades sociales, culturales y locales de nuestra población.

Pregoneros que me han precedido en este honroso cargo.

Cofrades y hermanos.

Televidentes que nos siguen a través de Telecrevillent.

Crevillentinos y crevillentinas.

BONA NIT.

Introducción.

Cuando a mediados del mes de julio pasado una representación de la Federación de Cofradías me propuso ser pregonero de nuestra Semana Santa, no pude sino manifestar mi sorpresa. Por supuesto que esta propuesta me llenó de ilusión, también de responsabilidad, pero mi respuesta más espontánea e inmediata fue *“¿y por qué yo?, no considero tener méritos suficientes”*. A lo que me respondieron, *“Joaqui, consideramos que este año tocaba”*. Con el paso de las semanas fui reflexionando sobre este imaginario “turno de oficio” de pregoneros, y pronto entendí que ese término, *“tocaba”*, no se refería a una decisión personalista hacia mí, y mucho menos se basaba mi perfil profesional, con poca afinidad con la cultura, el arte o la religión, sino que en realidad me lo estaban proponiendo a mí en calidad de representante del necesario relevo generacional que en su momento se produjo en nuestra Semana Santa, como representante de aquellos que trabajan con humildad por lo misma y de los que la viven con intensidad. En definitiva, como representante de la generación crevillentina a la que pertenezco.

En nombre de ellos, pronuncio este pregón.

Hace unas semanas estaba teniendo una muy grata charla con un grupo de buenos amigos y, como suele ser habitual en toda sobremesa crevillentina que se realice durante el primer trimestre de cada año, surgió el recurrente tema de la Semana Santa.

Uno de los presentes sugirió, *“Bueno Joaqui, cuéntanos en qué va a consistir tu pregón”*. A lo cual yo respondí, *“hablaré de los mismos temas de los que hablaría cualquiera de los que está sentado en esta mesa, por lo que no os será difícil intuir su contenido”*. Y añadí: *“Nuestra Semana Santa es manifiestamente poliédrica, la podemos analizar desde múltiples puntos de vista, y todos ellos son igualmente interesantes. Mis antecesores en el cargo han realizado inmejorables pregones, cada uno con su propio estilo y sello personal. Han exaltado las virtudes de nuestra Semana Santa desde ópticas que yo nunca dominaré: la artística, la musical, la coral, la histórica, la de la fe cristiana, la de los evangelios, la arquitectónica, la de los derechos humanos y muchas otras. Unos lo han hecho en clave interna, y otros desde una visión externa, pero todos ellos han sido magníficos. Nunca podré estar ni mínimamente a su altura en estas disciplinas.”*

Ahora bien, a pesar de todo ello, creo que, muy modestamente, sí que podré realizar ciertas aportaciones desde otra perspectiva, desde la perspectiva que me otorgan mis experiencias y mis vivencias en la Semana Santa, desde una perspectiva que yo calificaría como “perspectiva generacional”. Me refiero a la visión que tenemos de nuestra Semana Santa la generación de los que nacimos en Crevillent aproximadamente entre los años 1965 y 1975, en plena Transición política, la generación de los que hoy tenemos entre 40 y 50 años, la generación de los que aún pudimos cursar la EGB, los que vivimos en una España en blanco y negro, como la televisión, los que nos empezamos a educar con Barrio Sésamo, los que disfrutamos con los “Payasos de la tele” y nos iniciamos musicalmente con “Parchís”, los que nos criamos sin teléfonos móviles, sin “tablets” y sin WhatsApp. La generación con la cual finalizó el último baby-boom en España, con sus irremediables repercusiones demográficas a las que más tarde me referiré.

Una generación que en Crevillent apostó por la Semana Santa.

He querido consultar con algunas personas de esta generación sobre qué aspectos destacarían de nuestra Semana Santa si hubieran sido designados pregoneros y,

curiosamente, casi todos ellos coincidieron, en mayor o menor medida, en los mismos puntos. *“Joaqui, es molt important que contes lo que tots mosatros hem vixcut i hem fet per la Setmana Santa. No per buscá ningún agraiment, per supost que no, sino simplement pa que se conega i se recorde.”*

Y esto es lo que voy a intentar trasladarles en los próximos minutos.

Mis recuerdos de la infancia en la Semana Santa.

Mis primeros recuerdos de la Semana Santa se sitúan justamente en el interior de este templo.

Debía ser un Lunes o Martes Santo cualquiera de finales de los años 70 del pasado siglo, cuando mi padre me traería por primera vez a contemplar cómo se descolgaba el Cristo de la Victoria y se colocaba sobre sus andas. Esta operación, que presentaba cierta complejidad, se realizaba justo a mi derecha, en el altar del Cristo situado al fondo del templo, junto a la capilla del Buen Pastor. Así comenzó a educarme en la Semana Santa, al igual que el resto de miembros de la Hermandad también harían con sus hijos, me enseñó a amarla y me mostró cómo trabajar por ella, siempre desde la humildad y discreción, sin estridencias ni protagonismos. Hoy, 40 años después, la operación se sigue realizando casi de igual manera, como a buen seguro ocurre en el resto de cofradías. Van cambiado algunas personas, pero permanecen las costumbres, las tradiciones y los rituales de cada cofradía.

Así es nuestra Semana Santa.

Al día siguiente, un Miércoles Santo, mi tío-abuelo por parte paterna, Antonio Mas Galvañ, que para mí siempre fue “el tío Pablo”, el “Pablet”, pasaría a media tarde a recogernos a mí y a mi hermano Rodrigo por la zapatería que regentaba mi abuela Aurora, para llevarnos a ver el arreglo de los pasos, por supuesto, bien repeinados y ya ataviados con nuestra vesta del “Pas del Balcó”.

A pesar del paso de los años aún conservo una memoria casi fotográfica de la pequeña ruta que realizábamos. Para empezar, “San Pere”, en la calle Santa Teresa, justo al lado de la calle Calvo Sotelo, hoy Pósito, donde casi me crié. Posteriormente, el “Pas de l’Hort”, en el carrer San Francesc, a continuación “el Rescatado”, en el carreró de cal Floro, el “Pollastre”, en Corazón de Jesús y otros.

Horas más tarde, mis padres nos llevarían a contemplar la entrada de los pasos a la plaza y a hacer el recorrido reglamentario por el interior de la iglesia hasta llegar al Cristo, que ya presidía la concentración. Y digo al Cristo, y no al Cristo de la Victoria, porque entonces solo había uno, por lo que el pueblo se refería a él por antonomasia. Bueno, en realidad no solo había uno sino dos, el otro era el Cristo “de Albaterra”, al que luego me referiré.

Pero esa jornada del Miércoles Santo aún se prolongaría varias horas más, de hecho era un día para mí y mi familia muy intenso, como lo es ahora. Tras la finalización de la procesión de la Pasión de Cristo, de la que aún recuerdo cuando participé como “balconero” por primera vez, comenzaría la del Traslado, para acompañar al Cristo, y posteriormente también a las Tres Marías, hasta la parroquia de la Stma. Trinidad.

Aquel Traslado presentaba una peculiaridad quizás hoy poco recordada. Así, en aquellos años ya comenzaba la afición de los jóvenes crevillentinos por tocar el tambor. Pues bien, la Hermandad del Cristo de la Victoria no tenía constituido un grupo oficial de tamboristas, por

lo que de forma, más o menos espontánea, se fue conformando un grupo “mestizo” en el que participaban componentes de otras cofradías, cada uno con sus respectivas vestas, tambores y fundas corporativas, para acompañar al Cristo en su recorrido. Esta unión improvisada pudo dar buenos resultados en sus primeras versiones, pero posteriormente fue creciendo de forma un tanto anárquica y se tuvo que modular, hasta llegar a extinguirse.

De los Jueves Santo de mi infancia también puedo llegar a recordar, aunque muy vagamente, el haber presenciado, al menos en una ocasión, la Procesión de Los Sacos en sus primeras etapas, a su paso por la calle Francisco Candela, con una estética ciertamente impactante y diferente a lo que yo conocía. Nada me haría presagiar entonces que algún día yo mismo estaría impulsando la refundación de esta misma cofradía.

En cuanto al Viernes Santo, el ritual a seguir poco ha cambiado desde mi niñez, porque cómo ya he indicado, así es nuestra Semana Santa: dianas, abrazo en la Morquera, subida al Calvario acompañando a la Dolorosa, almuerzo del Pa Torrat, Procesión de la Bajada del Calvario y, por la tarde, Procesión de la Muerte, donde comencé participando, como muchos otros, de monaguillo.

Del Sábado Santo recuerdo con enorme cariño la participación, ya olvidada por muchos, de la imagen del Stmo. Cristo de la Agonía, que era conocido popularmente como el “Cristo de Albatera”. La historia de aquella participación también es muy curiosa. Esta imagen, que tenía la singular característica de ser desmontable, procesionó hasta el año 1980, cuando le dio el relevo el Stmo. Cristo del Perdón y de la Buena Muerte. Era propiedad del escultor albaterense Valentín García Quinto, quién la cedía regularmente a la Hermandad del Stmo. Cristo de la Victoria para participar en la procesión del Santo Entierro. El trono con el que se portaba la imagen era el antiguo trono propiedad de la cofradía de los Crevillentinos Ausentes, que ya no se usaba. Es decir, se trataba de una imagen prestada, que procesionaba en un trono también prestado, todo un alarde de solidaridad que tenía como objetivo mantener y enriquecer nuestra Semana Santa.

La querencia por la Semana Santa que ya tenía en esta época el pueblo de Crevillent era más que patente. Incluso llegó a atravesar los límites meramente religiosos y culturales hasta introducirse su huella en las propias instituciones económicas locales.

Y abro aquí un paréntesis. Ya pocos recuerdan que en otros tiempos Crevillent llegó a tener su propia Caja de Ahorros, cuya denominación original fue “Caja de Ahorros Nuestra Señora de los Dolores”, que se integró en 1975 en la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, que a su vez se convertiría años más tarde en Caja Mediterráneo. El nombre elegido en el año 1903 para esta entidad no fue ni mucho menos caprichoso, sino que sus fundadores trataron de honrar así a una de las imágenes de la Semana Santa con más devotos en el municipio, la Virgen de los Dolores, una advocación de la Virgen María de las muchas, he contado hasta diez, que aquí practicamos.

Incluso tengo una anécdota que contar relacionada con la misma. Esta Caja de Ahorros tuvo sede en la calle Médico Lledó, *en el carré “La Buega”*, donde actualmente se encuentra la oficina principal del Banco Sabadell. Pues bien, en la fachada del edificio existía un bello bajo relieve escultórico de la Virgen de los Dolores, que precisamente daba testimonio de su denominación. A mediados de los años 70, se efectuó la reforma del edificio y este bajo relieve se desechó sin despertar el mínimo interés. Afortunadamente, mi tío-abuelo el Pablet, que era una persona muy creativa, recuperó de entre los escombros esta pieza de escayola, de escaso valor material pero elevadísimo valor sentimental y le dio uso como

elemento decorativo. Hoy aún se conserva esta escultura en perfecto estado, y preside orgullosamente el porche de la casa de campo propiedad de mi familia situada en el paraje de San Antonio de la Florida.

La perspectiva generacional.

Continuando con mi exposición, otro aspecto que caracterizaba aquella Semana Santa de finales de los años 70 era que la práctica totalidad de los pasos estaban portados con ruedas, salvo contadas excepciones.

Para mi generación, esta forma de portar los pasos era de lo más habitual, puesto que no habíamos conocido otra cosa. Además, incluso nos parecía en aquel tiempo muy práctico y un notable avance tecnológico, ya que el esfuerzo a realizar era mucho menor.

La belleza que aporta a las procesiones el movimiento oscilante, a veces tambaleante, de las imágenes al ser portadas por “agarraós” no la supimos valorar hasta años más tarde, justamente hasta que esta generación de crevillentinos setenteros se incorporó a la Semana Santa. No hay que olvidar que el origen de aquella deriva hacia los pasos portados con ruedas se debió fundamentalmente, aunque no en exclusiva, a la existencia de un vacío o brecha generacional. Este “gap generacional”, como ahora lo denominan los sociólogos, obligó primero a reducir drásticamente el número de “agarraós”, para posteriormente tener que remunerar esta función, hasta que llegó casi a extinguirse.

Sin embargo, a pesar de éstas y otras dificultades, aquella Semana Santa seguía estando muy bien soportada, básicamente por tres pilares: la tradición, un importante patrimonio artístico y la dedicación desinteresada de no pocos crevillentinos. Puedo avalar que los gestores de aquella época, se desvivían para mantener viva la llama. Y eran conscientes de que para garantizar su continuidad únicamente se requería un impulso adicional, no solo de participación, sino de implicación y de iniciativa, el cual se produjo, a Dios gracias, unos años más tarde, con la incorporación de una nueva generación de crevillentinos.

Los cimientos de la Semana Santa de mi niñez eran fortísimos y estaban muy bien consolidados, pero para poder explotarlos y hacer que perduraran, comenzaba a hacerse necesaria la incorporación de savia nueva, nuevas personas que aportaran empuje e ilusión. Se requería una chispa que reactivara la combustión.

Era necesario un cambio generacional.

Poco a poco fueron pasando los años y aquella generación de crevillentinos setenteros fue creciendo y con ello también fue cambiando su rol, funciones y vínculos con la Semana Santa. Al igual que en cualquier otra faceta de la vida, también en la Semana Santa se pueden establecer etapas o hitos que los crevillentinos vamos cubriendo hasta alcanzar la madurez: monaguillo, portacirio, tamborista, costalero, mantilla, gestor, etc... Esta sería la trayectoria más habitual que hemos experimentado la mayoría de los crevillentinos de mi generación vinculados a la Semana Santa.

Y llegó el momento a mediados de los 80 en que aquella generación alcanzó la adolescencia, con todo lo que ello implica: revolución de nuestras hormonas, rebeldía, nuevos intereses y aficiones, cambio de hábitos en las relaciones sociales, iniciación en el ocio nocturno, mayores obligaciones académicas, etc...

En esta etapa pudieron suceder dos cosas, o que se abandonara absolutamente el interés por la Semana Santa, por considerarlo algo anacrónico y obsoleto, o por el contrario, que aquella generación se volcara con la misma y entregara todos sus esfuerzos y tiempo de ocio a ella.

Y ocurrió lo segundo.

Creo que nunca nos hemos parado a pensar con el requerido detenimiento en la repercusión que tuvo aquel hecho. En este sentido, es bien conocido que los movimientos juveniles están muy influenciados por las modas, y por ciertos modelos de comportamiento que marcan los líderes mediáticos más influyentes. Y el fluir de algunas tendencias sociales de mediados de los años 80 no se puede decir que favoreciera precisamente la conservación de nuestras costumbres y tradiciones culturales, máxime si tenían una componente religiosa, sino más bien todo lo contrario.

Para entender bien su relevancia resulta más que interesante contextualizar socialmente aquel tiempo. En los años 80 se pasó de la sana generación del guateque a la generación de los pubs y las discotecas. Estamos hablando de la época de la movida, la proliferación de variadas tribus urbanas, el nacimiento de nuevas tendencias musicales, la efervescencia de unos modelos de comportamiento más liberales y el disfrute del ocio nocturno llevado a su máxima expresión, casi a su extremo... Sobre todo esto último tuvo en algunos casos consecuencias nefastas sobradamente conocidas.

Sin embargo, a los jóvenes crevillentinos de entonces nos dio por la Semana Santa, y no solo para participar en ella de forma tangencial, sino para sumergirnos totalmente, para ejercer una participación no solo activa, sino pro-activa.

Si se me permite la expresión, nos volcamos para “cambiar el paso” de la Semana Santa.

Claro está, la juventud es lo que tiene, que cuando decide hacer algo, lo hace con intensidad. Intensidad para disfrutar de cada momento con ilusión, intensidad para implementar nuevas ideas, intensidad para afrontar nuevos retos. Mi generación ha necesitado a la Semana Santa tanto como ella nos necesitó a nosotros. Y la hemos vivido hasta llegar incluso al exceso.

La Semana Santa fue nuestra droga, y nosotros fuimos, somos y seremos “yonquis” de la Semana Santa.

¿Qué sería de nuestra Semana Santa sin esta generación? Nunca lo sabremos, pero lo que sí es seguro es que no sería lo que es ahora.

Todos nosotros comenzamos nuestra adolescencia conformando aquellos “batallones” de tamboristas que capitalizaban las procesiones de mediados de los años 80, hasta que llegó el momento en que hubo, con muy buen criterio, que regularlo. Ahora bien, aquella regulación tuvo sin duda una derivada positiva, muy positiva, que fue la progresiva incorporación de las canteras de tambores para desarrollar nuevas funciones, concretamente la de “agarraós”.

Ha sido por tanto esta evolución natural la que ha logrado que, con el transcurso de los años, todos nuestros pasos sean portados de nuevo a hombros. Movilizar a una masa de alrededor de 1.000 costaleros en una ciudad de tan solo 28.000 habitantes no es tarea fácil.

Por este y otros motivos, la aportación que ha realizado esta generación en el devenir de la Semana Santa crevillentina ha sido indiscutiblemente determinante. Pero ello no significa que esta aportación haya sido superior a la que realizaran generaciones anteriores. Por supuesto que no.

Mayor mérito tuvieron aún, en un tiempo muy diferente, aquéllos que llevaron a cabo la reconstrucción de la Semana Santa, con la adquisición de nuevas imágenes, tras la desgraciada Guerra Civil Española. Y no menos la generación que la sucedió y que consiguió dar continuidad a aquel renacimiento de la Semana Santa, que la potenció, la institucionalizó y la aglutinó. Nos encontramos por tanto ante la tercera generación de la Semana Santa de la era moderna. Y ya comienza a incorporarse la cuarta.

El estado de salud actual de nuestra Semana Santa se puede resumir con una única palabra: sobresaliente. Yo calificaría los últimos 30 años como uno de los periodos más fructíferos de la Semana Santa crevillentina de esta nueva era. Y no se trata de una afirmación gratuita, sino que es fácilmente contrastable con hechos, no con palabras. Solo por destacar algunos logros, más allá de la incorporación masiva de los “agarraós”, durante este periodo se han creado 3 nuevas cofradías, se han renovado y enriquecido multitud de tronos y restaurado un significativo número de imágenes, se consiguió en el año 1992 la Declaración de Fiesta de Interés Turístico Nacional, en el año 1995 pudimos contemplar una magnífica, y siempre recordada, retransmisión televisiva de nuestras procesiones para toda España, en 2005 se inauguró nuestro Museo de la Semana Santa, en el año 2011 se desarrolló en Crevillent el Encuentro Nacional de Cofradías y Hermandades y se obtuvo la Declaración de Fiesta de Interés Turístico Internacional y, finalmente, en este año 2016 acogeremos el primer Congreso Internacional de Escultura Religiosa, concebido y promovido desde nuestra población.

Es decir, la Semana Santa ha crecido estos últimos años a un ritmo frenético. No se puede pedir más en tan corto periodo de tiempo, y no lo digo por puro chovinismo.

Al hilo de esta mencionada evolución, me gustaría profundizar algo más en un hecho que considero especialmente destacable. Me refiero al logro poco habitual, y de muy difícil consecución, como es la creación de nuevas cofradías. Para mí este hecho es el verdadero paradigma de la productividad y de la aportación de la generación setentera a la Semana Santa de Crevillent.

Puedo atestiguar que crear una nueva cofradía, o refundar una que dejó de existir, no es tarea fácil. Pues bien, con voluntad y perseverancia, se puede conseguir. Y esta generación lo consiguió, y no solo en una ocasión.

Así, en esta era moderna de la Semana Santa se ha alcanzado la nada despreciable cifra de crear o refundar tres nuevas cofradías: Stmo. Cristo del Perdón y de la Buena Muerte en 1981, Stmo. Cristo de Difuntos y Ánimas en 1988 y Traslado al Santo Sepulcro en 1989.

Para ello, estos nuevos semansaneros tuvieron que vencer no pocos escollos iniciales. En los tres casos en los que he mencionado el disponer de una imagen para procesionar fue quizás un aspecto que pasó a un segundo plano, puesto que en Crevillent existían justamente estas tres imágenes que estaban pidiendo a gritos pisar de nuevo las calles. Pero me atrevo a decir que el principal escollo para la refundación de una cofradía no es disponer de una imagen, ni siquiera disponer de un trono, estos son “hándicaps” con una marcada componente económica, de solución compleja, pero alcanzable con esfuerzo. La mayor dificultad la constituye, sin duda, lograr movilizar a una masa social de suficiente tamaño como para que la nueva entidad pueda subsistir, no solo por las aportaciones económicas, sino para colaborar en labores preparatorias, de gestión, y como no, para alcanzar una consistencia social del grupo y garantizar una participación digna y continuada en las procesiones.

Comentaba la posible repercusión que hubieran podido tener en la Semana Santa los cambios en los costumbres de la juventud ochentera, sobre todo en lo referido al ocio nocturno. Pues bien, aunque pueda parecer paradójico, en Crevillent el ocio nocturno nunca estuvo reñido con la Semana Santa, sino más bien todo lo contrario, fue un indiscutible aliado. Los locales de divertimento eran nuestro lugar de reunión y fueron en parte la cantera a la que acudimos para reclutar a los que en aquel momento constituyeron la masa social necesaria para fundar estas cofradías. Incluso las actividades relacionadas con el ocio nocturno llegaron a ser fuentes de financiación de alguna de estas hermandades, a través de la realización de fiestas universitarias que llegaron a aportar cuantiosos beneficios.

La constitución de una nueva cofradía es, y siempre será, un acontecimiento que genera mucha expectación, al igual que la genera la renovación de un trono, el cambio en la forma de portar una imagen o la modificación de un recorrido. Por ello, cualquier iniciativa que pudiera aparecer en este sentido debería cuidarse con el máximo mimo. Y no solo es que debiera cuidarse, sino que creo que incluso nos sentimos obligados a impulsarlo. ¿Por qué no sumar nuevas advocaciones o escenas de la Pasión a las que ya existen en Crevillent?

Jóvenes, ¡adelante con ello!

Perspectivas de futuro de la Semana Santa.

Otra cuestión que no quisiera dejar de tratar es la de la proyección a futuro de la Semana Santa.

Como ya he señalado anteriormente, estamos en pleno apogeo, en la cima, en el punto más alto en el que jamás hemos estado. Pero no será fácil mantenernos en este punto de forma permanente.

Al igual que cuando lanzamos una peonza gira muy rápido y de forma estable, a medida que transcurre el tiempo pierde velocidad y también el equilibrio. No podemos permitirnos que esto ocurra.

¿Qué y cómo será la Semana Santa dentro de unas décadas? ¿Hacia dónde evolucionaremos? La respuesta es más fácil de lo que aparenta ser: la Semana Santa del año 2050 será lo que los crevillentinos nacidos a partir del año 2000 quieran que sea. Ni más, ni menos. Y de ahí la trascendencia que hoy tiene el hecho educar en ello a esta nueva generación de semanasanteros.

La senda a seguir por nuestra Semana Santa no puede ser otra que la senda de la excelencia.

Bajo mi punto de vista la Semana Santa no debe ser estática, sino dinámica. Debe estar viva y debemos dejarla evolucionar sin temor, por supuesto que siempre en el marco del respeto a las tradiciones. En caso contrario, se podría caer en una nunca deseable rutina. ¿O acaso la actual Semana Santa es una foto exacta de la de 1950? No, es evidente que no lo es.

Evolucionar no debe ser sinónimo de cambiar, sino de mejorar y perfeccionarse. Al igual que innovar no implica renunciar a nuestros ritos y costumbres sino más bien lo contrario, amoldarlos a la propia evolución de la sociedad.

Para este ejercicio de prospección, y de proyección, a futuro deberíamos tener en cuenta algunas condiciones de contorno actuales, que podrían balancear esa ulterior evolución en uno u otro sentido. Me atrevo incluso a identificar algunas de ellas.

La primera condición de contorno sería de carácter demográfico. Indicaba al principio de este discurso que mi generación presenta la característica de haber sido concebida bajo el último “baby-boom” español, explosión de natalidad, de finales de los 60 y principios de los 70. Sin embargo, si consultamos la actual curva de natalidad en España observaremos que por cada 2 nacimientos que se producían en esa década del pasado siglo, hoy se produce solo uno, y esta ratio es extrapolable a Crevillent. Este hecho podría tener sus consecuencias también en la Semana Santa, sobre todo mermando la participación, como ocurrió hace unas décadas. Por ello, debemos extremar aún más nuestra educación semanasantera a las nuevas generaciones para que todos ellos, sin excepción, se involucren con el máximo compromiso. No nos podemos permitir apenas abandonos.

En cuanto a la segunda condición de contorno, estaría relacionada más bien con aspectos ideológicos, y en concreto con las actuales tendencias de deriva hacia pensamientos laicos que comienzan a percibirse en ciertos sectores de la sociedad, que se han acentuado especialmente en los últimos 5 años.

Debemos hacer un esfuerzo tranquilo, moderado y natural para no dejarnos arrastrar por el creciente laicismo que se desarrolla en nuestro entorno; sin estridencias, con convicción.

La Semana Santa debe ser capaz de permanecer ajena a estos movimientos laicistas. Y contamos con herramientas para ello. En este sentido, la Semana Santa va mucho más allá de la religión, puesto que presenta una marcada, a la vez que demostrada, componente cultural. Y como todo bien cultural debería ser conservado, y protegido. Para ello resulta necesaria, y urgente, la articulación y promoción de alguna figura de protección que garantice su preservación a medio y largo plazo.

Pero nuestra Semana Santa también presenta fortalezas y oportunidades que debemos aprender a explotar. Sin ir más lejos, el elevado potencial de esta fiesta como elemento dinamizador de la economía local bien merece una reflexión, por lo que también quisiera referirme a ello.

El impacto económico inducido por una determinada medida política, actuación de fomento o evento, como es este caso, es un parámetro muy utilizado en la gestión pública, a cualquier escala de la Administración. Así, sin ánimo de realizar un estudio riguroso, considero que la Semana Santa de Crevillent genera un volumen de negocio nada despreciable a escala local. Pero podría ser superior. Y debemos ser capaces de encontrar nuevas vías para explotar este considerable potencial.

Porque el éxito de nuestra Semana Santa siempre implicará un beneficio económico para el pueblo de Crevillent. Las medidas ya iniciadas están en el buen camino: Fiesta de Interés Turístico, Museos de la Semana Santa y Benlliure, jornadas gastronómicas cuaresmales, participación en ferias de la mano del Ayuntamiento, protocolo esmerado y presencia institucional en procesiones y eventos, retransmisiones televisivas, etc... En resumen, hemos desarrollado un producto turístico de alta calidad que ya está empezando a ocupar su lugar en el mercado, y debemos aunar esfuerzos con todos los actores implicados para lograr su consolidación definitiva.

Sentimientos de los crevillentinos hacia la Semana Santa.

Y voy finalizando.

Dejando de lado estas vertientes más mundanas de la Semana Santa, no me gustaría acabar mi pregón sin referirme mínimamente a los sentimientos que en nosotros, los crevillentinos, despierta esta celebración.

Por motivos inicialmente académicos y más tarde laborales llevo viviendo en la ciudad de Valencia 25 años. Más de la mitad de mi vida. Pero durante este periodo, nunca he querido, ni he podido, ni he sabido, separarme ni de mi apreciado Crevillent, ni de mi querida Semana Santa.

Por pura casualidad, mi propio domicilio en Valencia está situado a escasos 100 metros de la calle que lleva el nombre de nuestra población, la calle Crevillent. E incluso tengo el orgullo de contar con un vecindario ilustre muy vinculado a nosotros, ya que en el cementerio de El Cabañal, también en mi mismo barrio, descansan los restos del genial Mariano Benlliure. Y también allí, en El Cabañal, se respira durante todo el año un inconfundible aroma a Semana Santa, a su Semana Santa Marinera valenciana.

El sentimiento de un crevillentino hacia su Semana Santa es algo innato, que presenta un flujo y una magia casi hipnóticos. Es un bálsamo de fierabrás que todo lo cura.

Nosotros, los crevillentinos, por nuestra Semana Santa sentimos adoración.

Hasta tal punto alcanza la pasión por la Semana Santa a los crevillentinos, que en muchos casos es quizás el último recuerdo que nos llevaremos a la tumba. En este sentido, recuerdo, y tengo bien presentes, las últimas palabras que dirigió a mi padre el reverendo D. Antonio Burruel el día de su funeral en este mismo templo. Dijo *“Yo de Joaquí destacaría fundamentalmente tres cosas: su capacidad de trabajo, su amor por la naturaleza y su pasión por la Semana Santa”*. Cuantos crevillentinos habrán despedido sus vidas con este mismo lema a modo de epitafio: *“...y su pasión por la Semana Santa.”*

La Semana Santa de un crevillentino la componen no solo las costumbres, sino también los sentimientos. Y yo quisiera destacar dos momentos de especial sentimiento que cada año se repiten en mi modo de vivir la Semana Santa: un momento de reflexión y un momento de emoción.

Mi momento de reflexión se produce en la madrugada del Miércoles al Jueves Santo, durante la procesión del Traslado. Entre las calles desiertas, sin ningún público, bajo el frío húmedo de la noche y con el anonimato que me aporta el caperuz, surge al fondo de las largas filas de penitentes la inconfundible estampa del Cristo de la Victoria acompañado por las notas del bello motete *Cristus Factus*. En silencio, sin palabras, sin ruidos, sin miradas, sin prisas, sin tensiones. ¿Acaso puede haber un mejor momento para la reflexión?

Y mi otro momento a destacar sería el de la emoción. Y este momento no está vinculado a ninguna de las cofradías a las que pertenezco. Se produce en la mañana del Viernes Santo, durante la Procesión de Subida al Calvario. Durante los últimos años, sin excepción, he seguido el mismo ritual. Tras haber portado a hombros a mi Ecce-Homo, una vez en lo alto del Calvario, me aparto discretamente del grupo de costaleros y me marchó, en solitario, a presenciar el último tramo de la subida de Jesús Rescatado. Subidas al Calvario como ésta no hay ninguna: es simplemente sublime. Entre los primeros rayos de sol, con el movimiento tambaleante de su imagen, con la acertada expresividad del rostro de Jesús y con los sonos

intensos de la banda de cornetas y tambores que lo acompaña. Un momento emocionante e insuperable.

Así es nuestra Semana Santa: ilusión, tradición, reflexión y emoción.

Y costumbres que se repiten cada año: mismo día, misma hora, mismo lugar, mismas personas y mismos rituales.

Rituales que solo podemos comprender los crevillentinos.

Y este pregón va tocando a su fin.

Arenga por la permanencia de la Semana Santa.

Y aquí, desde esta posición privilegiada que ahora ocupo, y cumpliendo la función que me habéis encomendado, he venido a pregonar nuestra Semana Santa.

¡¡ Con gratitud, con orgullo, con satisfacción y con convicción !!

¡¡ Y mi única respuesta a la Semana Santa es SÍ !!

¡¡ DIGO SÍ a la defensa de una fe que siempre fue constructiva !!

¡¡ DIGO SÍ a la Semana Santa como expresión pura y sincera del cristianismo católico !!

¡¡ DIGO SÍ a la unidad, permanencia y sostenibilidad de nuestra Semana Santa !!

¡¡ DIGO SÍ a todos los que trabajan con humildad y en el anonimato para conservarla !!

¡¡ DIGO SÍ a las generaciones que nos precedieron y que me enseñaron a amarla !!

¡¡ Y DIGO SÍ a una nueva generación de crevillentinos: a mis hijos Pablo y Joaquín, y a otros muchos niños que algún día decidiréis sobre nuestro futuro !!

¡¡ A todos vosotros os pido que DIGÁIS SÍ a la Semana Santa !!

¡¡ Gents de Crevillent, busquem cornetes i tambors, busquem alegria, busquem tradició, busquem devoció i busquem emoció !!

¡¡ Hui comença la Setmana Santa !!

MOLTES GRÀCIES

(Dedicado a la memoria de Joaquín María Mas Mas, Q.E.P.D.)

Joaquín P. Mas Belso.

Crevillent, Iglesia de Ntra. Sra. de Belén, 5 de marzo de 2016.